

Alocución del Presidente Juan Manuel Santos sobre avances en las conversaciones para ponerle fin al conflicto armado en Colombia

Bogotá, 6 Noviembre de 2013.

Colombianos:

Vamos a cumplir un año desde que se instalaron las conversaciones entre el Gobierno nacional y las FARC para buscar la terminación del conflicto armado, una guerra que nos ha desangrado por medio siglo.

Se han adelantado conversaciones para lograr acuerdos sobre los 5 puntos que se definieron en el Acuerdo General:

- Desarrollo rural
- Participación política
- Narcotráfico
- Derechos de las víctimas
- y el fin mismo del conflicto armado.

Ese fue un primer gran acuerdo: haber definido los puntos de la agenda y el procedimiento para discutirlos. Por primera vez la guerrilla aceptó incluir el objetivo explícito de dejar las armas y acabar el conflicto.

Desde entonces hemos avanzado, no al ritmo que hubiéramos querido, es cierto, pero con resultados concretos y acuerdos sustanciales.

Yo entiendo la impaciencia y el escepticismo de algunos –yo soy el primer impaciente– pero tenemos que entender que la paz no se hace con los amigos sino con los enemigos; que estos procesos son complejos, y que un conflicto de 50 años es muy difícil terminarlo en 50 semanas.

Por fortuna, hay resultados que nos permiten seguir firmes en la esperanza de lograr un acuerdo final.

En mayo de este año logramos un primer acuerdo dentro de la agenda, en el punto 1 sobre desarrollo rural, que era tal vez el más difícil por el origen rural de las FARC.

Ha sido la primera vez en que el Estado llega a un acuerdo con la guerrilla sobre un tema de fondo.

¿Y qué acordamos? Nada menos que una reforma rural integral que le va a cambiar la cara al campo colombiano.

Esta reforma creará un fondo para distribuir tierra a campesinos que no la tienen o que tienen poca; lanzará un gran programa de formalización de predios, y actualizará el catastro en todo el territorio nacional para que los municipios cuenten con más recursos y para que la tierra tenga un mejor uso.

También vamos a emprender unos grandes planes nacionales del desarrollo rural en vías, riego, agua potable, asistencia técnica, crédito, fomento del cooperativismo, comercialización, entre otros, al igual que en salud y educación rural, para que los habitantes del campo vivan en condiciones dignas y cada vez más comparables a las del mundo urbano.

Este acuerdo sobre desarrollo rural no solo beneficia a los campesinos sino a todos los habitantes del país, porque un campo próspero y en paz significa más empleo, más producción y más competitividad de nuestros productos.

Y hoy hay otra buena noticia que nos muestra, sin lugar a dudas, que vamos por el camino correcto y que lograr la paz sigue siendo posible para nuestro país.

Esta mañana se logró en la mesa de conversaciones de La Habana un nuevo acuerdo sustancial, esta vez sobre el punto 2 relacionado con las garantías para el ejercicio de la oposición política y la participación ciudadana.

Este es otro tema importante –muy difícil también– en el que logramos ponernos de acuerdo sobre algo fundamental para nuestra nación: una mayor apertura democrática para la construcción de la paz.

Entendemos que –luego de la terminación del conflicto– será necesario abrir aún más nuestra democracia: abrirla a nuevas voces y a nuevos proyectos políticos que enriquezcan el debate, y que tengan todas las garantías de transparencia y equidad en las reglas del juego.

El acuerdo que hoy se anunció no es solo un acuerdo para la futura participación de una guerrilla desmovilizada. No.

Es un acuerdo que sirve A TODA LA SOCIEDAD, que facilita la creación de nuevas expresiones políticas, que promueve el pluralismo y la tolerancia que tanta falta nos hacen, y que fomenta –como ordena nuestra Constitución– la participación ciudadana.

Porque la paz no se hace en La Habana. La paz la construye la gente –¡la construyen ustedes!– en los territorios, y para eso hay que fortalecer los mecanismos de participación.

Con este objetivo, se lograron acuerdos sobre aspectos concretos, como los siguientes:

Se acordó poner en marcha un sistema integral de seguridad para el ejercicio de la política.

Se acordó un mecanismo para que –luego de terminar el conflicto y con participación de las organizaciones políticas nacionales– se expida un Estatuto para la Oposición.

Se acordó impulsar normas que den garantías y promuevan la participación ciudadana de personas y movimientos sociales.

Se acordó crear una Misión Electoral, conformada por expertos, para que nos dé recomendaciones sobre medidas que generen mayor transparencia y participación en nuestro sistema electoral.

Y se acordó crear Circunscripciones Transitorias Especiales de Paz en la Cámara de Representantes para los territorios que más han sufrido la violencia.

Todo esto se aplicará –y en esto hay que ser muy precisos– solamente si se alcanza un acuerdo para ponerle fin al conflicto que incluya la dejación de las armas, la desmovilización y la reincorporación a la vida civil de las FARC.

Como lo hemos dicho tantas veces, nada está acordado hasta que todo esté acordado.

Pero lo cierto es que estos son avances reales, positivos, hacia un acuerdo final y, en particular, hacia un escenario donde se rompa para siempre el lazo entre política y armas.

En cuanto a las medidas para facilitar el tránsito de las FARC a convertirse en un movimiento político legal, este tema se discutirá cuando se llegue al punto de la dejación de las armas y la reincorporación de sus integrantes a la vida civil y política.

Así que la situación del proceso, hoy por hoy, es de avance.

No sólo tenemos un acuerdo sobre cuáles son los cinco puntos a discutir –que fue lo que logramos el año pasado–, sino que ya logramos acuerdos concretos sobre dos de esos 5 puntos de la agenda: el desarrollo rural, y la participación política.

Nunca antes –¡nunca antes! – se había llegado tan lejos en el camino para terminar nuestro conflicto.

Ahora vamos a comenzar a discutir un tercer punto: el tema del narcotráfico.

¿Se imaginan ustedes una Colombia sin conflicto y sin coca? Esa Colombia, esa Colombia maravillosa es posible, y hacia esa meta nos dirigimos.

Con estos avances quiero ratificar lo que les dije a los colombianos en septiembre del año pasado.

Entonces les dije que la paz era posible y que estábamos ante una oportunidad real, sin duda la mejor oportunidad de nuestra historia –y tal vez la última–, de poner fin al conflicto armado.

Pues bien: Hoy estoy mucho más convencido de que la paz es posible y de que NO tenemos que resignarnos a otro medio siglo de guerra.

Hace un año me comprometí a que defenderíamos la población y reduciríamos los riesgos en todo momento mientras se desarrollan las conversaciones.

Por eso no aceptamos ni cese al fuego, ni despeje.

¡Y lo hemos cumplido al pie de la letra!

NO hemos despejado un solo milímetro del territorio nacional y hemos mantenido –sin bajar la guardia un solo instante– la ofensiva militar contra los grupos armados ilegales, para que no se aprovechen estratégicamente de nuestra voluntad de paz.

Sea el momento para reconocer y agradecer a los hombres y mujeres de nuestra fuerza pública por su coraje y por sus continuos resultados en la lucha contra los violentos.

Si hoy Colombia puede soñar con una paz posible es gracias al sacrificio y el esfuerzo constante y exitoso de nuestros soldados y policías.

Lo importante, lo realmente importante, es que estamos logrando resultados, acuerdos concretos, en la mesa de conversaciones, y ese progreso nos permite mantener la esperanza de que vamos a llegar a puerto seguro, al puerto de la paz.

Se ha hablado de romper las conversaciones o de hacer una pausa. No lo vamos a hacer.

Cuando avanzamos, cuando se ven resultados, no es momento de parar, sino todo lo contrario: de acelerar, de continuar con más ánimo y con más entusiasmo para lograr ponerle fin al conflicto en forma definitiva.

Sería irresponsable romper o hacer una pausa cuando estamos logrando avances reales.

Sería irresponsable sacrificar la mayor oportunidad de paz que ha tenido el país por cálculos políticos o cuestiones de tiempo.

Debemos continuar. Debemos perseverar. No hacerlo sería traicionar la esperanza de millones de colombianos y de las futuras generaciones.

Las oportunidades llegan... y se van. Y ésta no la podemos dejar pasar. Por eso tenemos que estar a la altura de nuestras responsabilidades y a la altura de la historia.

Quisiera, por último, recordar que serán ustedes, queridos compatriotas, quienes tendrán la última palabra, porque cualquier acuerdo al que lleguemos será sometido a la aprobación popular.

Lo que tenemos hasta ahora son avances fundamentales. Hemos llegado más lejos que nunca antes: pero al final serán ustedes, colombianos, quienes decidan si aceptan o no lo que se acuerde en La Habana.

Serán ustedes los protagonistas de la paz.

Porque ésta no es ni será la paz de Juan Manuel Santos o de un gobierno. Será la paz de ustedes, con ustedes y para ustedes.

Ha sido un camino difícil –hay que reconocerlo– y lo será aún más todavía. Por eso necesito de su apoyo. Necesito el respaldo de los colombianos en este esfuerzo de país.

Porque solo juntos, ¡solo unidos!, podemos llegar al puerto deseado.

Como Presidente, no hago otra cosa que recoger el clamor nacional, el que escucho en todos los rincones del país, el de las mismas víctimas, el de tantas familias destruidas por el conflicto.

¿Y cuál es ese clamor? ¡Que no haya más víctimas! ¡Que no haya más violencia! ¡Que no haya más guerra!

Por eso les digo: no tengamos MIEDO, compatriotas. El miedo nos encadena al pasado.

Llegó la hora de pensar en el FUTURO. La generación que está naciendo hoy DEBE ser la generación de la Paz.

No queremos perder esta oportunidad, y vamos a seguir haciendo todo, ¡TODO lo que esté a nuestro alcance!, para superar el conflicto y avanzar hacia el país que soñamos.

Buenas noches